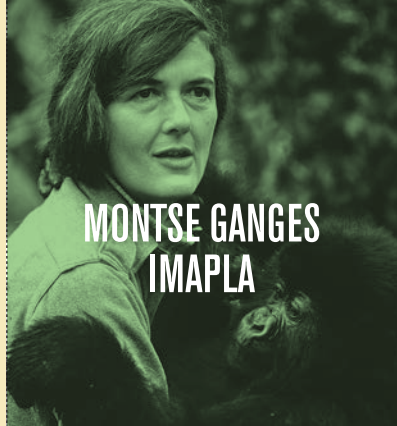


bam
bú



VIAJEROS



MONTSE GANGES
IMAPLA

AUDACES

RAS

AUDACES

VIAJEROS



VIAJERAS



CUATRO RELATOS
QUE CAMBIARON
EL CURSO
DE LA HISTORIA

AUDACES

ROS

AUDACES

VIAJEROS



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2011/2023, Montse Ganges y Imapla
© 2023, de esta edición, Editorial Casals, SA
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2023

ISBN: 978-84-8343-829-9

Depósito legal: B-153-2023

Printed in Spain

Impreso en Anzos, SL

Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este libro
procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / / 93 272 04 45).



Representación de un hoplita en una cerámica de la Antigua Grecia.

CAPÍTULO I

CORRER

SIN PARAR

La carrera más larga de las Olimpiadas es el maratón. Los atletas tienen que recorrer una distancia de 42,195 kilómetros. Es una prueba de resistencia física y mental, porque es la mente la que empuja y obliga al cuerpo a superar el agotamiento y el dolor para seguir corriendo hasta el final.

El maratón se ha convertido en la prueba reina de los corredores de fondo. Además de los maratones olímpicos, se celebran maratones populares en ciudades de todo el mundo, donde atletas profesionales y aficionados ponen a prueba juntos la voluntad de correr sin parar hasta cruzar la línea de meta.

Pero el primer hombre que corrió esta distancia no era un deportista: se llamaba Filípides y era un soldado. Porque el primer maratón de la historia no formaba parte de unos juegos, sino de una guerra. Ocurrió en el año 490 a.C., hace 2.500 años, que es

cuando empezaron las llamadas Guerras Médicas entre griegos y persas.

Filípides era un soldado griego que tenía que entregar un importante mensaje. Salió de Maratón, una llanura bajo el sol del Mediterráneo, donde se acababa de librar una cruenta batalla, y no se detuvo hasta llegar a Atenas. Corrió sin parar. Corrió hasta morir.

CAPÍTULO II

GRIEGOS Y

PERSAS: ¡RIVALES!

Hace 2.500 años, persas y griegos luchaban unos contra otros. Eran dos contendientes muy distintos que representaban dos maneras de estar en el mundo.

ASÍ ERAN LOS PERSAS

El Imperio persa fue el más extenso de la Antigüedad. Cuando se enfrentó a los griegos, se encontraba en su máximo apogeo y su emperador era Darío I. Este monarca organizó el vasto territorio que había heredado de sus predecesores: mandó construir una gran capital (Persépolis) y una red de caminos para que mensajes, tributos y mercancías llegasen hasta ella rápidamente.

El Gobierno se organizaba por jerarquías, desde arriba hacia abajo. A la cabeza estaba el emperador, la máxima autoridad, rodeado por sus familiares, el

ejército y unos pocos elegidos, entre los cuales podía recaer el gobierno de las tierras conquistadas. Estos territorios disfrutaban de cierta autonomía; podían conservar sus costumbres siempre y cuando pagasen sus tributos y no se atrevieran a discutir la autoridad imperial.

Así pues, en tan extenso imperio se profesaban religiones distintas, pero la religión oficial del imperio era el *mazdeísmo*, nombre derivado de su único dios: Ahura Mazda. También recibe el nombre de zoroastrismo, porque el profeta fundador de la religión se llamaba Zoroastro o Zaratustra. Fue una de las primeras religiones monoteístas, es decir, de un solo dios. Ahura Mazda se identifica con el fuego o el sol porque es la luz, la verdad y la bondad, y se contrapone a la oscuridad y el mal. Por eso los creyentes rezan frente a una llama.

El emperador persa y toda su corte rendían culto a Ahura Mazda, el único dios que regía el bien y el mal. Por supuesto, este dios había otorgado el poder máximo al emperador y a su estirpe.

ASÍ ERAN LOS GRIEGOS

La antigua Grecia estaba dividida políticamente en polis o ciudades-Estado. La geografía griega, tan abrupta, favoreció esta fragmentación. Las polis de Atenas, Esparta, Corinto, Tebas, Argos, Éfeso, Cnos-

sos, por citar solo algunas, eran Estados soberanos y a menudo se enfrentaban entre sí. De todas formas, este profundo sentimiento de independencia que las separaba convivía con la percepción y el orgullo general de que todos ellos eran griegos.

No todas las polis se gobernaban igual; en este sentido, Atenas fue la que más avanzó, con un modo de gobierno al que llamaron *democracia* ('gobierno del pueblo'), un sistema organizado desde abajo hacia arriba. Los ciudadanos de Atenas elegían periódicamente a sus gobernantes, entendiendo por ciudadanos solo a los hombres libres y excluyendo a mujeres y esclavos.

Lo que sí compartían todos los griegos de todas las polis eran sus múltiples dioses, semidioses y héroes, que protagonizaban numerosos mitos e historias. Los dioses griegos eran un reflejo de las pasiones humanas: buenas, malas y regulares. El hogar de los dioses griegos era el monte Olimpo, que con sus 2.917 metros es el más alto de toda Grecia; su nombre significa «el luminoso». Los griegos creían que los dioses vivían allí en mansiones de cristal.

En honor a estos dioses, los antiguos griegos celebraban cada cuatro años las Olimpiadas o Juegos Olímpicos. Las Olimpiadas son un buen ejemplo de cómo entre los griegos existía la conciencia de ser un solo pueblo: cada cuatro años dictaban la paz

olímpica para que los atletas de todas las polis pudiesen llegar a salvo hasta la ciudad de Olimpia, donde competirían para honrar a los dioses de toda Grecia.

LOS PRINCIPALES DIOSES DEL OLIMPO SON:

ZEUS

Padre de los dioses
y dios del trueno y el cielo.

AFRODITA

Diosa del amor.

HERA

Esposa de Zeus y diosa del
matrimonio y los nacimientos.

ATENEA

Diosa de la sabiduría.

POSEIDÓN

Dios del mar y los océanos.

APOLO

Dios de las artes.

ARES

Dios de la guerra.

DEMÉTER

Diosa de la tierra, de la fertilidad.

HERMES

Dios de los viajeros, los mercaderes
y los atletas. Él mismo era
el mensajero de los dioses.

HADES

Dios de los muertos
y del inframundo.



El Partenón, templo dedicado a la diosa Atenea. Acrópolis de Atenas.

CAPÍTULO III

RESUMEN DE UNA BATALLA

Maratón es una extensa llanura situada a orillas del mar, a 42 kilómetros de la ciudad de Atenas. Un campo donde crece el hinojo bajo el intenso sol del Mediterráneo; en efecto, en griego, *maratón* significa «hinojo». Allí atracó la flota persa en el mes de septiembre del año 490 a.C. Se cree que este ejército invasor, al mando de los generales Datis y Artafernes, estaba formado por unos 50.000 hombres, incluyendo caballería, arqueros e infantería.

Los atenienses, al saber que el enemigo desembarcaba cerca de su ciudad, enviaron inmediatamente a un ejército de 10.000 hoplitas al mando del general Milcíades. Los hoplitas eran soldados de infantería que iban armados con una lanza, un casco y un escudo (*hoplon*, en griego). Todos los ciudadanos de Atenas recibían preparación y entrenamiento para ser hoplitas.



Cerámica de la Antigua Grecia adornada con una escena bélica.

En la educación que recibían los niños atenienses, y nos referimos solo a los varones hijos de ciudadanos libres, era tan importante el cuidado de la mente como el del cuerpo. A los siete años empezaban en la escuela, donde les enseñaban lectura, escritura, matemáticas y música. A los doce años empezaban a asistir al gimnasio, donde entrenaban intensamente y practicaban sobre todo la lucha, las carreras, el salto, el lanzamiento de disco y el de jabalina, todas ellas disciplinas olímpicas que permitían adquirir habilidades útiles para la batalla. A los dieciocho años ya podían convertirse en ciudadanos y soldados, es decir, en hoplitas. Cada hoplita

adquiría y mantenía su equipo (protecciones y armas), no existía un «uniforme» del ejército.

El 12 de septiembre del 490 a.C., los hoplitas griegos librarían en Maratón una cruenta y heroica batalla contra el ejército persa, que era abrumadoramente superior. Una batalla con aroma de hinojo. Y si es verdad que los persas parecían invencibles, también es verdad que los atenienses luchaban en casa, conocían el territorio y estaban mejor adaptados a él.

El general griego Milcíades supo aprovechar esta fortaleza y elaboró una rápida estrategia para anular la ventaja numérica del enemigo: los atenienses consiguieron encerrar al enemigo tras una muralla de furiosos hoplitas que, además de blandir sus lanzas, repetían al unísono su alarido de guerra: ¡*Eleleu!* ¡*Eleleu!*

Entre las tropas persas se desató el pánico y huyeron en desbandada hacia el mar, el único camino libre. Los hoplitas los hostigaron hasta que zarparon en sus naves.

Después de la batalla había más de 6.000 víctimas persas entre los matojos de hinojo de Maratón. Del bando ateniense, en cambio, apenas habían caído 200 hoplitas. La primera batalla de las Guerras Médicas la habían ganado los griegos.

CAPÍTULO IV

ENTRE DIOSES

Y HOMBRES

Han pasado 2.500 años desde la batalla de Maratón. Aun así, el tiempo no ha borrado los nombres de los generales persas y griegos: Datis, Artafernes, Milcíades...; la historia los recuerda. Pero no sabemos los nombres de los soldados, de los ciertos arqueros persas o de los veloces hoplitas griegos. Solo un nombre entre toda la tropa de uno y otro bando no ha caído en el olvido, el de uno de los 10.000 hoplitas atenienses: Filípides. Pero ¿por qué el nombre de un simple hoplita ha pasado a la posteridad?

Filípides no era solo un soldado, también era un hemeródromo. Así denominaban en la Antigua Grecia a los heraldos o mensajeros militares. Los hemeródromos recorrían largas distancias a la carrera para llevar mensajes; incluso podían hacerlo portando su equipo de hoplita. Y eso es lo que, además de lu-

char, hacía Filípides; y sin duda alguna lo hacía muy bien, porque le confiaron misiones importantes.

Los griegos consideraban que si alguien tenía talento para hacer algo era porque los dioses lo querían. Así pues, Filípides era bien amado por Ares, el dios de la guerra, pero sobre todo por Hermes, el dios de los atletas, los viajeros y los mensajeros.

El dios Hermes se solía representar con alas en los pies o en la cabeza y llevando una vara con la que abría y cerraba los ojos de los mortales.

El dios Ares, personificación de la guerra, se acostumbraba a representar como un hoplita: desnudo o con túnica, casco, escudo, lanza y espada.

Quizá porque se encomendó a los dioses, Filípides cumplió con éxito las misiones que le encargaron antes y después de la batalla de Maratón.

LA MISIÓN DE FILÍPIDES ANTES DE LA BATALLA:

Cuando los atenienses supieron que los persas estaban desembarcando en Maratón, además de prepararse para la lucha, quisieron avisar a las demás polis griegas para conseguir su ayuda contra el invasor extranjero. Pero solo tenían tiempo de avisar a una, y Esparta fue la escogida porque era la más poderosa y la más temible.

Los espartanos habían hecho de la vida militar su manera de vivir. Los niños y las niñas espartanos

eran *seleccionados* desde su nacimiento: los sanos y fuertes eran aceptados, los débiles y enfermizos eran sacrificados. Los niños eran sometidos a un entrenamiento durísimo; tenían que llegar a ser los mejores hoplitas porque los espartanos nunca se rendían, su lema era: «Vencer o morir». Sin duda, los espartanos eran unos buenos aliados en cualquier batalla. Por eso los atenienses les enviaron a su mejor hemeródromo: a Filípides, que tardó dos días en recorrer los 240 kilómetros que separan Atenas de Esparta, con su mensaje de petición de socorro.

El mensaje que Filípides declamó ante los ciudadanos de Esparta fue el siguiente:

«¡Espartanos! Los atenienses os piden que los ayudéis, que no permitáis que una de las ciudades más antiguas de Grecia se convierta en esclava de los bárbaros».

Los espartanos enseguida accedieron a socorrer a los atenienses, a ayudarles a vencer a los persas. Pero en aquellos días estaban celebrando unas fiestas en honor al dios Apolo, y las leyes espartanas les prohibían luchar durante las ceremonias sagradas. Los atenienses tendrían que resistir solos unos días.

Filípides emprendió el viaje de regreso. Esta vez recorrió unos 280 kilómetros, de Esparta a Maratón,

GRECIA

Batalla de Maratón
12 de septiembre
del 490 a.C.

Maratón

Atenas

Corinto

● **Olimpia**

Esparta

MAR EGEO

MAR MEDITERRANEO

240 km

Primer recorrido de Filípides:
de Atenas a Esparta

280 km

Segundo recorrido de Filípides:
de Esparta a Maratón

42 km

Tercer recorrido de Filípides:
la carrera de Maratón a Atenas



donde el general Milcíades ya estaba situando a sus hoplitas en el campo de batalla.

Probablemente, Filípides sentía en su corazón la congoja de saber que no era portador de buenas noticias: quizá los espartanos llegarían demasiado tarde, ¡quizás incluso él mismo llegaría demasiado tarde! Pero, a medio camino, se le apareció el dios Pan y, aunque se quejó de que los atenienses le hacían poco caso, enseguida animó a Filípides, diciéndole que lucharía a favor de los griegos.

Seguro que las palabras de Pan animaron a Filípides. Pan era uno de los hijos de Hermes, y era el dios de la naturaleza salvaje; era mitad humano y mitad animal: tenía patas y cuernos de cabra. Es verdad que le gustaba pasar el rato en el claro de un bosque o al lado de una fuente, tocando la flauta, echando una siesta o persiguiendo a las ninfas (los espíritus femeninos de la naturaleza). Pero también es verdad que tenía muchos poderes, siendo el principal el de provocar un miedo enloquecedor, similar al que sienten los animales cuando rugen las fuerzas de la naturaleza. Un miedo incontrolable que se llama pánico.

Cuando llegó a Maratón, Filípides comunicó a Milcíades el mensaje de los espartanos y el de Pan. Después, se unió a las tropas griegas para luchar como uno más.

Milcíades ordenó a sus hoplitas que se lanzaran a la carrera sobre el enemigo, consiguiendo así invalidar a sus arqueros e imponer el combate cuerpo a cuerpo. Ante esta estrategia los persas sintieron mucho miedo, sintieron pánico y huyeron.

Los atenienses comprendieron que realmente Pan había luchado a su lado. Así que después de la batalla de Maratón no volvieron a olvidarse del dios Pan. Por expreso consejo de Milcíades, le dedicaron un santuario en una gruta de la Acrópolis ateniense, y cada año le ofrecían sacrificios y realizaban una procesión de antorchas en su honor.



Hermes, el dios protector de los hemeródromos.



Ares, el dios de la guerra.